

KARMEL



ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA - ZONA SUR

LA VOCACIÓN, *CAMINO DE SANTIDAD*

Boletín No. 6
Edición agosto
2021

SUMARIO



EDITORIAL

1

LA VOCACIÓN, CAMINO DE SANTIDAD 2

DESCALZOS Y A PIE

4

“VEN Y SÍGUEME”: EL LLAMADO DE JESÚS
HOY

10

DEJARLO TODO POR ÉL

12

PÍLDORAS CARMELITANAS

14

Vocación: plenitud humana

Fray Jorge Luis Mendoza Corvis, OCD - Asistente espiritual para la OCDS Zona Sur
Provincia Santa Teresita del Niño Jesús de Colombia

Suele suceder que cuando hablamos de vocación muchos se limitan a pensar en la vida religiosa o sacerdotal, creyendo que solo a ellos está dado todo proyecto vocacional.

Sin embargo, **no podemos limitar la riqueza de esta palabra**, encasillándola en un solo aspecto, ya que su significado implica una riqueza mayor **que, como su raíz lo indica, proviene del latín *vocare*, que significa llamado o acción de llamar hacia un determinado fin o destino**, el cual se puede alcanzar desde un estado de vida matrimonial, religioso o de soltería.

El llamado es universal y dura para toda la vida. Cada uno según sus cualidades y anhelos se encamina a lo más original de sí mismo, a lo que le haga feliz.

Cada persona potencia y realiza su vocación humana. Esto implica tomarnos en serio nuestra vida, luchando contra todos los obstáculos que quieran desdibujar nuestras esperanzas y de esta manera apostarle a la construcción de un proyecto vocacional que apunte a lo alto de la realización personal. Solo así encontraremos la verdadera felicidad y la plenitud de la vida.

Por lo tanto, vivir la propia vocación es disfrutar todo lo que hacemos cotidianamente; es un ejercicio de dar lo bueno para construir y edificar un mundo mejor.

La vocación implica la plenitud: todos somos parte de un ejercicio en búsqueda; una convicción profunda que nos defina como personas y seres en relación.

Igualmente, la vocación es un diálogo constante consigo mismo y con los demás; es un peldaño en el conocimiento interior y en la construcción de relaciones con los otros.

No estamos solos; junto a nosotros existe un sin número de personas que trabajan por descubrir la esencia de su vocación.

Vocación que es un dinamismo de vida y la renovación de nuestro ser en cada despertar.

El ser humano es ser vocacionado por excelencia. En otras palabras, es un ser tocado interiormente y llamado a vivir la plenitud de aquello que desea ser.

Cada persona está invitada a enamorarse de su vocación humana y, por supuesto, desde una experiencia de fe.

La realización personal a la luz de la fe genera un camino inseparable y trascendente.

En esta edición hemos invitado a un sacerdote, un religioso y laicas para que nos compartan su experiencia y aporten a este tema tan importante para la sociedad.



LAVOCACIÓN, Camino de Santidad

Fray Alexander Cerón Otero, OCD

Es probable que conocer el autor de este escrito, sumado a la preconcepción sobre la vocación, pueda generar expectativas de que se trate de unas líneas más referidas a la vida consagrada. Razón por la cual, **la empresa de este breve escrito pretende salirse de esta idea y presentar un camino posible para todos los seguidores de Cristo.**

La palabra vocación es frecuentemente relacionada con la vida consagrada o vida ministerial. Por lo tanto, es necesario realizar una salvedad: en un sentido amplio, puede entenderse como llamado de Dios, un llamado que realiza a todas sus creaturas¹. El llamado al que se hace referencia es el mismo que señala el papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Christus Vivit* cuando manifiesta que **la palabra ‘vocación’ “incluye el llamado a la vida, el llamado a la amistad con Él, el llamado a la santidad, etc.”².**

La vocación como llamada de Dios es iniciativa divina, es decir, es don de Dios. **Lejos de la pretensión de pensar que la persona se decide por Dios, Él es quien se determina a conquistar el alma humana.** El Creador se enamora de su criatura y se mueve a conquistarla con la delicadeza de su amor, en un movimiento divino que tiene en cuenta la libertad de ella. **En perspectiva neotestamentaria, no son los discípulos los que llaman al Maestro,**

sino que son ellos los que se experimentan convocados por Él, vocacionados por su amor.

Los cristianos creemos en un Dios que nos ‘primerea’³ en el amor. En otras palabras, que es Dios el que da el primer paso por amor a la humanidad. Además, este Dios en el que creemos, le ‘coquetea’ constantemente a nuestra alma.

En varias ocasiones el papa Francisco ha señalado que Dios constantemente nos “primerea”, es Él quien se hace el encontradizo y permanentemente acompaña al ser humano en cada camino que recorre, aun cuando busque enajenarse de su Creador. El ser humano está llamado a identificar situaciones concretas en que Dios lo ha acortejado, en qué lugares y momentos lo ha “primereado” en el camino.

La Iglesia, en la sabiduría que el Espíritu infunde sobre ella, ha abordado en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* este tema, aseverando que **“la vocación del hombre a la comunión con Dios”⁴ se trata de un llamado a toda la humanidad, un llamado íntimo y personal.** Teresa de Jesús, con años de diferencia se adelantó a dicha afirmación y, convencida de que es Dios el eterno enamorado de la humanidad, se determinó a construir su camino interior, que lo presentó luego como un proceso de moradas⁵.

¹ Véase. Francisco, “Christus Vivit” 248.

² *Ibíd.*, 248.

³ Referencia al término utilizado por el papa Francisco.

⁴ Concilio Vaticano II, “Constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual” 19.

⁵ Se hace referencia al libro del *Castillo interior* o *Las Moradas* de Santa Teresa de Jesús.

Dicho camino interior tiene su razón de ser en el centro de su mensaje: el ser humano está llamado a la unión con Dios. Incluso, el recorrido de este camino hacia Dios es un proceso hacia sí mismo. Es eso del conocimiento propio que tantas veces Teresa expresó con su pluma, basada en su experiencia personal. Por lo tanto, se trata de un camino de conocimiento propio que termina siendo un camino de autorrealización, en la medida que se une la voluntad humana con la voluntad divina.

La dificultad que esta propuesta teresiana trae consigo es que depende de la determinación de cada persona. **En libertad, cada ser humano puede o no creerle a Dios y, a su vez, optar por descubrirse llamado por Dios a la unión con Él.**

En libertad, puede o no ejercitarse diariamente en acrecentar la imagen y semejanza divina con su Creador. Por consiguiente, **la vocación como camino de santidad consta de redescubrir la vida interior, cultivarla y entregarla.**



¿La vocación es un camino de santidad viable para todos? Cada uno responderá desde su proceso, dado que Dios hace su llamada constantemente, teniendo en cuenta el camino personal de su creatura y, además, respetando dicho proceso.

Apelo a la historia de amor personal del lector o lectora, pues el culmen del camino de santidad es la unión con Dios, que se encuentra mediado por dicha historia amorosa y personal con nuestro Creador:

¿Has hecho como carmelita descalzo un camino de santidad, comprendido de un cultivo interior serio y profundo, que te permita caer en la cuenta de que Alguien te llama a vivir en unión con Él, en tu vocación específica?

En suma, el ser humano está llamado a la amistad con Dios, que se manifiesta –según lo expresa el papa Francisco en la Exhortación *Christus Vivit*, 253)– en sentir que “somos llamados por el Señor a participar en su obra creadora, prestando nuestro aporte al bien común, a partir de las capacidades que recibimos”.

Por lo tanto, **la vocación divina se vincula estrechamente con la vida en comunidad. Es una vocación que no emancipa al ser humano de la responsabilidad con su entorno, sino que, por el contrario, lo hace responsable de responder a sus necesidades como un amante de Dios. Es insertos en la realidad donde se hace posible el camino de santidad de nuestra vocación.**

No hay fórmula única para alcanzar la santidad; de la misma manera, no existe un único camino de santidad, sería pretencioso. Pero, sí podemos hablar de la meta, la unión con Dios, que tantas veces he referido en este breve escrito.

El camino cada uno lo construye, pero se debe tener en cuenta la relación con su Creador, una relación que se debe procurar alimentar diariamente.

En cada vocación específica (consagrados, laicos, matrimonios, etc.), se encuentra el mismo llamado a la unión con Dios. **Responder a este llamado hace plena cada vocación, una plenitud en Dios que hace posible una santidad encarnada y humanada.**



Descalzos y a pie

Tita Llano (Tita Pabla del Espíritu Santo)
Laica - Medellín

¿Qué puede decirnos hoy la espiritualidad del Carmelo Descalzo, después de más de 500 años?

Nos habla, sigue hablando, está vigente, es actual y mucho más que eso, útil y necesaria.

Permanentemente el Carmelo de Teresa y Juan ha estado no reformado en el sentido estricto que da lugar al término, sino refrescado y actualizado por sus místicos, los de antes y los de cada siglo, pero, sobre todo, actuante y “reformante” en la vida de todos los que a él nos acercamos. Allí, en esta mística de la descalcez encuentra uno razón y co-razón para vivir “a pie”.

Del mismo modo que Dios se hace hombre para mostrarnos cómo hacernos a imagen suya, **las grandes figuras carmelitas se nos han revelado como seres de carne y hueso, en todas sus bajezas y pobreza, para mostrarnos cómo solo, después de su encuentro con Dios, ascienden.**

Es un modelo de ascética, de descalcez muy real, muy creíble; es el santo hecho en el mundo, construido a partir de ruinas o de nada; ningún Santo carmelita ha sido santo de celofán o de estampa. Ya eso en sí mismo nos invita al autoconocimiento, a la ascesis, la trascendencia y la santificación cotidiana a la que estamos llamados; ser santos ya, con nuestra circunstancia.

Y en ese camino de santificación en la cotidianidad, requerimos hacer lo que hizo nuestra Teresa en su

amada Ávila, al llegar por las escalinatas a la Iglesia de San Vicente: descalzarnos, desasirnos para hallarnos, buscar lo que ya nos llama y avanzar hacia adentro, así, a pie.

Cómo lo hace el Carmelo en nosotros, en el sentido de una explicación causal, me gusta decir que no lo sé, como la Santa -entender sin entender-, pero lo hace y quizá su fuerza le viene de la “completud”: El Carmelo es femenino y masculino, tiene madre y padre, por lo que es dulce y penetrante, tan agudo como consolador; pero también le viene de la propia valentía de sus fundadores, misma que comparten todos sus otros místicos, una valentía venida desde adentro; habitados por Dios y desbordados al exterior y esa transformación de cada uno de ellos es luego también transformación e invitación para cada uno de nosotros.

Nos descalzamos, adentro

Nos toca salir en la noche para entrar, para crear espacios interiores para la acción divina, ya no para el activismo y la exterioridad.

La interioridad que nos ofrece la mística de Juan de la Cruz es silencio expresivo y soledad apacible, no desarraigo en medio de la multitud ruidosa; es interioridad, no externalidad; es comunicación, no aislamiento; es circularidad y espiralidad de la interioridad frente a la verticalidad del conocimiento y presunto saber: es la “ciencia

sabrosa”, el deleite de la interioridad del más profundo centro.

Y justamente también en el *Libro de la vida*, de nuestra fundadora Teresa, vemos cómo se expresa de forma clara esta dupla: éntasis, entrada dentro de sí, dentro de lo más íntimo del ser, buscando a Dios; y éxtasis, salida de sí misma, encontrándose en Dios. De ahí su bella expresión poética: “*Alma, buscarte has en mí, y a mí buscarme has en ti*”.

Nos descalzamos de nuestras posturas, de nuestras comodidades, de nuestras estructuras. El conocimiento de Dios es, pues, lo básico para conocerse a sí mismo y, para esto, se requiere vivir apasionadamente, tanto como vivió la Santa Madre.

Mucho de pasión -que no de emoción- le falta a tantas vidas; mucho de autoconocimiento en una sociedad de “aliens”; mucho no de egos inflados, sino de “yos reflexionados y reconocidos en su propia intimidad para salir al exterior, ya no como extraños de sí mismos, sino como criaturas con identidad e intimidad. De eso harto nos enseña la Santa.

Nos descalzamos, vaciándonos



Descalcez es también vacuedad, vacío, templo vacío. El maestro Eckhart expresa que el templo en el que Dios quiere dominar según su voluntad es el alma del hombre, esa es la razón por la que Dios quiere tener el templo vacío, para que ahí dentro no haya nada que no sea Él”.

Tenemos que ser capaces de vaciarnos, practicar el anonadamiento de apegos intelectuales que vayan teniendo ya el viso de capricho intelectual, tozudez o dogma, es apuntar a “esencializar”, a vaciarnos más para llenarnos más; vaciarnos cada día y dejarlo obrar a Él.

Nos vaciamos cuando dejamos que obre su voluntad o, como dice el maestro renano, que sea una sola la voluntad: “Sea tuya la voluntad”, no la divina y la mía, sino la única. **Estar vacíos hoy es estar abiertos a todo y a nada, sólo siendo fieles a vivir “jesusmente”, a mostrarlo a Él y verlo a Él en el otro,** así sea de múltiples, disímiles y extrañas formas.

Nos descalzamos, configurándonos



Hemos visto sacar muchas astillas en la escultura, la talla de una obra de arte; se trata ahora de dejarnos modelar, se trata incluso ya de dejar de añadir y más bien vaciar, qué podemos poner a la vida de cada uno quitando, algunas veces con buril, algunas con más suavidad, algunas a martillazos, etc. Y no hay un solo escultor en mi vida, sino varios, los otros que vienen a tallarnos, Él, el Creador, a través de nuestros hermanos.

Nos descalzamos, concibiendo al Hijo

En un alma noble, donde las potencias inferiores se han acallado, donde no existen ni el tiempo ni el espacio, se realiza el “Nacimiento del Hijo”, o sea, el único suceso que le permite al alma volver a su origen, a Dios. Cuando el maestro Eckhart enseña que “el corazón desasido” ha de “estar situado sobre la nada”, o sea en lo más elevado “, uno debe ser in-formado otra vez en el bien simple que es Dios”.

Pasamos, entonces, de una espiritualidad especulativa, a una espiritualidad más afectiva que toca el corazón, aumenta el amor a través de aspiraciones y deseos del bien, de lo bueno como única fuerza para unirnos con lo divino y como presencia manifiesta de Dios en mí y en los otros aconteciendo.

Debemos concebir a Dios en cada uno de nosotros y en esa concepción Dios fructificará. Lo que Dios ha concebido en mí debe engendrarse de nuevo en Dios por la fecundidad, en una alabanza de gratitud (ser “*Alabanza de Gloria*”).

Nos descalzamos, centrándonos



“En nosotros mismos están grandes secretos”. Santa Teresa es pionera del asunto de la intimidad, mucho antes que la Psicología y el Psicoanálisis.

Por su parte, San Juan nos regala su Noche Oscura como un momento privilegiado de confrontación con el inconsciente. La profundidad y agudeza psicológica con las que trata la existencia humana

resultan imprescindibles para cualquier psicología y antropología. **El Santo padre nos invita a avanzar en nuestra interioridad, desde la purificación de los sentidos y potencias hasta el más profundo centro. Es en la noche donde puede producirse la desestructuración propia para romper límites y alcanzar nuevas e inusitadas zonas del alma.**

A San Juan le duele, como nos duele también en nuestro presente, ver, vernos y sabernos con capacidad de Dios, pero sin vivir a la altura de nuestra dignidad; siendo lugar donde Dios actúa, pero obstaculizando Su acción, impidiendo así nuestra propia santificación.

Acercarse de lleno a Juan de La Cruz es peligroso, obliga a la gran transformación, a la reforma ya no de la Orden, sino de uno mismo y de raíz; a él no le valen las simples prácticas espirituales a las que pudiera entregarse uno con gusto y generosidad solo por el consuelo que allí se encuentra: ¡No! Él nos invita a mirar nuestro infierno (el inferior). San Juan quiere desgarrarnos, desencarnarnos, para recuperarnos.

Nos descalzamos, con nuestra voluntad y sin ella

“Que yo quiera lo que Tú quieres”, en el sentido de una certeza plena de que Él siempre sabe lo que necesitamos y todo lo que “nos manda”.

Trabajemos en no sentir apego por ideas, opiniones, juicios propios. No es el hacer, ni el dejar de hacer, sino estar en el ahora presentes, libres y vacíos, por amor de la voluntad divina, para cumplirla sin interrupción, entonces, verdaderamente, nada se interpondría entre “mi Padre y yo”. El fondo de Dios es mi fondo y mi fondo es el fondo de Dios.



Estar vacío de todas las criaturas es estar lleno de Dios y estar lleno de todas las criaturas es estar vacío de Dios, enfatiza Eckhart. Cuando más llenos nos sentimos de Dios, ese vacío se presenta siempre como silencio, austeridad, desprendimiento de experiencias y de cosas.

Estamos invitados al desasimiento y a ser libres de nosotros mismos y de todas las cosas porque se necesita de esa renuncia decidida al sí mismo, donde quiera que lo descubramos, en pensamientos y acciones.

Nos descalzamos, abandonándonos



“Tuya soy, para vos nací, decidme qué mandáis hacer de mí”. **Trabajemos y dispongamos los materiales, pero también aceptemos el resultado, incluso cuando sea diferente a lo que nos proponíamos.**

Aceptemos no estoicamente, sino armónicamente, viendo qué puede haber allí de Dios para nosotros o teniendo la capacidad de esperar que allí veremos tiempo después, más o menos pronto o tarde, la voluntad, la armonía de Dios, el regalo de Él para cada uno.

Abandonarnos es también ejercitarnos en la aceptación de cosas que no podemos cambiar o que aun pudiéndolas cambiar no hace falta, solo porque sea nuestro gusto.

Nos descalzamos, entregándonos

Con Isabel de la Trinidad se pueden entender con mucha claridad dos asuntos salvíficos para nuestros días: uno, el valor redentor del sufrimiento cuando este es aceptado y ofrecido en unión con el sufrimiento de Cristo, toda vez que la Cruz se hace fecunda para la resurrección y, dos, el vivir el cielo en la tierra. Esto ya es bastante moraleja para la mentalidad de urgencia e inmediatez que se maneja hoy.

Así Santa Isabel no elige sufrir, pero sí cómo vivir el inevitable dolor. No elige enfermarse, pero sí cómo vivir en su lecho. No elige el camino contrario a la voluntad de su madre, elige ser lo que sabe que está llamada a ser, como dirá Heidegger y, principalmente, elige ser ella misma en lo que la vida va marcando y ser por encima de las circunstancias; por eso nada la arredra ni la saca de su centro.

Una persona como “Sabeth” no pone a depender su felicidad de lo exterior, sino de su propio recurso; por eso, incluso -a la manera estoica-, no es que “haga lo que quiere”, sino que “quiere lo que hace” y en el ejercicio de este tipo de libertad -no querer lo que quiero y querer lo que no quiero-, también se le puede sacar partido al sufrimiento.



Nos descalzamos, en libertad

Modelo y guía de indiscutible vigencia para toda persona en su esfuerzo de encarnar la fe en las circunstancias sociales de la época, resulta ser Edith Stein, la filósofa carmelita, hoy Santa Teresa Benedicta de la Cruz que nos explica el modo de alcanzar lo que constituye el núcleo de la condición humana al ser hechos a imagen y semejanza de Dios: la libertad.

Leyendo *Ser finito y ser eterno* o *La estructura de la persona humana* se encuentran pautas para hallar la auténtica libertad, no como desvinculación de lo que nos une a nuestro origen divino, sino como libre albedrío, -posibilidad de llegar a ser lo que estamos llamados a ser-, y como liberación de todo lo que nos aliena, es decir, nos hace extraños a nuestra propia condición y nos despersonifica.



Nos descalzamos, divinizándonos

Hoy, como siempre, todo cristiano, orientándose hacia el profundo centro, podrá desde ahí proyectarse y cumplir la misión de ser co-creador con Dios del Reino de los cielos aquí en la tierra.

Cómo necesitamos hoy, hombres libertinos y esclavos, entender el concepto de libertad y eso nos enseña la discípula de Husserl, la carmelita filósofa: **la tarea más decisiva del hombre es hacerse a sí mismo.** En la medida en que nuestra conducta exprese una decisión tomada y motivada desde el centro del alma es más libre porque la acción ha

nacido de un alma que se ha dejado guiar por la voluntad de Dios y es también más ética porque en Dios está la fuente del bien y la justicia, que hacen posible el recto entendimiento.

Este acto de dejarse llevar, de reconocer al Dios que me habita, de serle fiel, de mostrar mi filiación a Él, es acto excelso de libertad humana, es liberación de lo que me aliena, es dejar de ser lo que soy para llegar a ser lo que aún no soy, pero que con Dios es promesa, para que yo “así sea”.

Solo en ese interior puede ser autónomo el ser humano, ser dueño de sí mismo, y desde allí mostrarse como hombre y tener un trato realmente humano con el mundo.

Llenémonos de Dios, impregnándonos de Él y mostrando que somos sus hijas e hijos legítimos y por eso, como Él, buscando Su semejanza. Que todo lo que hagamos, digamos, sintamos, pensemos sea de Dios; lo santifica a Él y nos santifique con Él.

Si queremos escribir sobre una tablilla de cera, entonces no puede haber nada escrito sobre ella, por muy noble que sea, nos explica el místico renano flamenco. Si a pesar de todo queremos escribir, entonces debemos borrar y vaciar todo lo que está sobre la tabla y esta nunca se nos presenta tan bien para escribir como cuando no hay absolutamente nada. De forma muy parecida si Dios debe escribir en nuestro corazón, entonces debe salir todo de cada corazón.

Nos descalzamos, humanizándonos

El desarrollo humano es una ofrenda de Dios conquistada por la libertad y actividad de cada hombre. **El amor a Dios nos pone en un nivel espiritual, haciéndonos salir de los estrechos límites del “Yo” como acogida de la Escritura y como respuesta teologal a la auto donación de Dios y de nosotros hacia los demás, hacia lo otro y los valores, y de cara a la máxima personificación de estos, que es Dios mismo.**

He aquí pues un gran legado de esta ilustre hija de Santa Tresa y San Juan: la conquista de la libertad es liberarse de todo lo que me hace menos persona; libertad no es más que mi propia humanización, la consecución de mí mismo.



¿Qué puede decirnos hoy la espiritualidad del Carmelo Descalzo?

Santa Teresa, San Juan, Santa Isabel, Edith Stein... Lo que ha hecho el tiempo no es más que embellecer, actualizar y contextualizar.

Creo que hoy no necesitamos ver la nube con la imagen de María para convertirnos, para transformarnos, para reformarnos descalzándonos.

El Carmelo puede ser viento suave como el del profeta Elías, brisa que refresca la fe, pero también viento arrollador que te desnuda y te “descalza”.

El mensaje de los carmelitas (fundadores, místicos, sacerdotes, hermanos, laicos, amigos), es testimonio y provocación suficiente para descalzarnos y emprender el camino a pie.

Nuestro Carmelo evoca, provoca y convoca. Me descalzo como Teresa, como el Hijo, el Maestro, el Señor, Jesús.

La voluntad de Dios es un nacimiento y un llegar a ser de todas las criaturas. Este es el Carmelo. Siempre. Un albergue de donde mana leche y miel.

Como la Santa al llegar por las escalinatas a la Iglesia de San Vicente, en su hermosa y amada Ávila, **al Carmelo llega uno a descalzarse, a desasirse para hallarse, a alabar a Dios, a buscar coherencia, a saberse amado, a amar. A eso he llegado yo: ¡A descalzarme!**





“VEN Y SÍGUEME”: EL LLAMADO DE JESÚS HOY

Pbro. Milciades Vargas Motta, Diócesis de Neiva

“Después subió al monte, y llamó a los que Él quiso; y vinieron a Él. Y estableció a doce, para que estuviesen con Él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios” (Marcos 3,13-15).

Siempre ha marcado mi corazón el gozo de haber recibido también por parte de Jesús ese llamado a estar con Él como lo hizo con los apóstoles.

No hay nada más motivante y estremecedor que ser tenido en cuenta por Dios, pese a las imperfecciones y pecados que nos marcan, para un proyecto tan fundamental y decisivo como el trabajar por el Reino de los cielos.

Cada día que ejerzo el ministerio sacerdotal me motiva a estar profundamente agradecido con Dios por amarme, perdonarme y consagrarme a su servicio, pero también a ser consciente de mi pequeñez y saber que lo que puedo hacer por el Pueblo de Dios, que es predicar la Palabra, celebrar los sacramentos y llevar su amor a cada rincón de la humanidad y a cada rincón del corazón humano, solo es gracia de Dios y poder de Dios, pues al final todo se hace “in persona Christi”.

Soy sacerdote diocesano hace 49 años y sirvo a Cristo en su Iglesia, más específicamente en la Diócesis de Neiva.

Toda mi vida he sido consciente que Dios llama continuamente y la opción que tomé al decirle que “Sí”, con la misma fuerza y entrega del “Fiat” de María, ha traído a mi vida un sinnúmero de satisfacciones y gozos interiores que jamás serían alcanzados por proyectos meramente humanos.

Dios en mi vida tiene un adjetivo que, en mi punto de vista, es fascinante: “Convocador”.

En primer lugar, me llamó a existir y me regaló la gracia de vivir; por eso cuando percibo la vida como un don, un regalo de Dios, la valoro y la cuido en todos sus aspectos, aprovechando todas las oportunidades para crecer interiormente y ser mejor persona.

Además del llamado a la vida, me llamó a la fe, es decir, a creer en Él y proclamarlo como mi único Señor y salvador.

También he sentido su llamada continua a servirle en el ministerio sacerdotal, no de cualquier manera, sino renunciando cada instante a mis caprichos e intereses para dejar que sean los valores del Evangelio los que marquen las huellas de mis pasos.

El llamado a la Santidad no es otra cosa distinta que un llamado a la plenitud, a la felicidad y a la perfecta alegría.

En fin, ¿qué sería de nuestra vida sin los llamados continuos del Señor?

Sentirnos amados y elegidos es la experiencia que colma de gozo el alma del creyente.

Por eso, en estos tiempos difíciles en los que pareciera que el hombre quiere desalinearse de la fe, sacar a Dios de su vida y negarse a sus llamados, todo ello con consecuencias nefastas de vacío interior, de dolor por el pecado y de abismos profundos de soledad y depresión, **quiero invitarlos en estas humildes líneas para que se sientan amados por Jesús y, al sentirse amados, afinen el oído del corazón para sentirse llamados; es decir, convocados a la aventura más emocionante que es seguir sus pasos y entregar la vida para lograr ser puentes del amor, la misericordia y la salvación de tantos que han perdido la esperanza por andar en tinieblas y sin sentido por el mundo.**

No sé hasta cuando me tendrá el Señor a su servicio en este mundo, tampoco sé la manera y el momento en que se me abrirá la ventana de la eternidad, pero de lo único que estoy seguro es que podré, en ese momento, dibujar en mi rostro la más serena y profunda sonrisa, esa que solo puede emerger cuando hay gozo y paz en el alma, aquella que surge de la satisfacción del deber cumplido y de saber que he luchado por esa corona que no se marchitará jamás, esa que se gana con la entrega sincera de la vida, pero que a su vez gana una vida infinitamente mejor, esa que llamamos “eterna y bienaventurada” y por la que he vivido con pasión cada instante de mi sacerdocio.

No temas al llamado de Dios, ve y síguele que solo a su sombra serás plenamente feliz.





“DEJARLO TODO POR ÉL”

Martha López - laica carmelita, Cali

“Jesús se dirigió otra vez a la gente, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue tendrá la luz que le da la vida y nunca andará en la oscuridad” (Juan 8, 12).

Esta cita bíblica nos habla de seguir a Jesús para tener la luz que necesitamos en nuestra vida. Si estamos con Él todo se hace posible, pues en el día a día se nos presentan obstáculos que en Su presencia podemos resolver.

Solo Jesús es nuestro camino y la luz que nos guía para librarnos de aquellos abismos que ponen en riesgo el llamado que nos hace a seguirle; pero es necesario creerle, serle fiel y aprender a confiar más en Él.

Por ello, un paso muy importante que debemos dar es el dejarlo todo: no un cincuenta ni un noventa y nueve por ciento, sino todo, para corresponder con amor al Amor. Él es el cien por ciento de nuestra vida; sin Él perdemos el rumbo, nos desviamos, caemos.

Sin embargo, en algunos momentos encontramos obstáculos como el tiempo, las ocupaciones y, por qué no, las incomprendiones de nuestra familia. Muchas veces seremos criticados, pero lo más importante es saber a quién seguimos y servimos.

Es por eso que debemos tener claro que no podemos darnos a Jesús esperando recompensas:

seamos desinteresados con Él, dando todo por el Todo, como bien lo enseña la Santa carmelita chilena Teresa de los Andes, a través de su doctrina espiritual, quien nos invita a estar dispuestos a dejarlo todo por seguir a Jesús y amar a Jesús y María con todas nuestras fuerzas.

Ese es también nuestro llamado: aprender a vivir con los brazos abiertos, dispuestos a aceptar la voluntad de Dios en nuestra vida. Dejarnos acariciar por su amor; el amor más puro y verdadero como el de una madre con su hijo.

Ese amor lo experimentó Teresa de los Andes y nos lo comparte y acerca hoy por medio de sus cartas, en las que nos capacita, sin pretenderlo, en el amor al Señor y en la entrega a Él a través del camino de la oración. Un camino que también he ido descubriendo y que ha sido mi cimiento para fortalecer mi fe y dejarlo todo por Él.

El punto de partida de este camino de oración y del despertar a mi vocación inició hace 18 años, gracias a una experiencia con Dios, única y verdadera, cuando mi hijo mayor, Esteban, a la edad de tres años, se debatía entre la vida y la muerte por una enfermedad que los médicos, tras cierta cantidad de estudios, no lograban diagnosticar. En solo ocho días de estar enfermo fue desahuciado.

Como madre agobiada por el dolor me arrodillé ante Jesús Eucaristía y le entregué la vida de mi pequeñito. Le di gracias por haberme permitido ser

mamá con él por primera vez. Se lo entregué tal como Él me lo dio. “Ahora es tuyo”, le dije con lágrimas y con un dolor tan profundo en mi pecho le manifesté: “que se haga Tu voluntad”.

Ese día, después de la Eucaristía, en la Parroquia del Santísimo Sacramento “El Templete”, de Cali, luego de haber orado más de media hora ante el Sagrario, como cada mañana y cada noche, orando sin parar para que se hiciera Su voluntad, los médicos trasladan a mi hijo a una UCI pediátrica para monitorearlo durante 24 horas.

Sin dar espera, vuelven a realizarle todos los exámenes y por gracia de Dios los médicos pueden encontrar las enfermedades que están poniendo en riesgo la vida de Esteban para empezar su tratamiento. Desde ese instante, **tengo la certeza de que Dios me devolvió a mi pequeñito**, quien hoy tiene 21 años y está sano por Su infinita misericordia.

Si comparto mi testimonio a través de unas cuantas líneas es para invitarlos a confiar en el Señor y a no tenerle miedo a entregarlo todo cuando nos llama a seguirle. Sí se puede, pero solo con la oración y permitiendo que Él sea el dueño de nuestra vida.



¡No nos neguemos a ser partícipes de la bondad del Señor! Es tan generoso con la humanidad, pero parece que se nos olvida.

Por ello, hago mías las palabras de Santa Teresa de los Andes cuando escribe: **“Siento mi alma deshecha de gratitud y amor. Mi vida la paso**

contemplando esa bondad incomprensible, y me duele el alma al ver que el Amor no es conocido. Me abismo en su grandeza, en su sabiduría. Pero cuando pienso en su bondad, mi corazón no puede decir nada. Lo adoro” (Carta 121).

Entreguémonos a Dios en medio de nuestras realidades, en la intimidad. Permitámosle que entre cada vez más en lo profundo de nuestro ser; que lo llevemos en nuestro pequeño sagrario en donde se hace inmenso. Que nuestra oración diaria se convierta permanentemente en una conversación íntima con Dios. Necesitamos silencio para poder escucharlo, tomarnos un tiempo para estar a solas con Él y así permitirle que obre en nosotros.

Dejarlo todo por Él no significa que te convertirás en un ermitaño, ni te abandonarás en el exilio. Pero sí representa un compromiso de vida, serio y radical, que nos comprometa a dejar muchas cosas atrás, pues el camino hacia la santidad es un reto y un despojarnos del hombre viejo.

Por ello, ser discípulo de Cristo implica ser misionero de su Palabra, dar testimonio con nuestra vida y anteponer la humildad sobre la vanagloria; reconociendo el amor como instrumento clave en todo lo que hacemos. Todo esto requiere de una profunda conversión que nos permita aceptar que solo de la mano de Dios lograremos llegar a la meta.

Es cierto que vivimos en una sociedad donde algunos buscan opacar la fe, esconder nuestra dimensión espiritual, eliminar todo compromiso y poner el bienestar material como nuestra máxima aspiración. **Dios nos invita a trascender.**

Me tomó años decir “sí” a la mejor invitación que me han hecho en la vida; de pronto el punto de partida fue la experiencia con mi hijo, pero desde aquel momento hasta el día de hoy ha sido un fiat sin medida.

Reconozco que aún me falta un largo camino por recorrer, pero estar dispuesta a seguir avanzando es dar el primer paso. ¿Ha sido difícil?... Tal vez. Pero “siendo el Señor mi Pastor, sé que nada me faltará” —alusivo al Salmo 23 (22)—.

¿Dejarías todo por seguir a Jesús?



Sabía usted que...

1. La vocación supone el encuentro de dos libertades: la libertad de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a esta llamada.

2. Todo cristiano, por el Bautismo, está llamado a hacer de su vida una respuesta y un servicio.

3. Dios llama a todos para vivir un camino de santidad. “La vida según el Espíritu, cuyo fruto es la santificación (cf. Rm 6,22; Ga 5, 22), suscita y exige de todos y de cada uno de los bautizados el seguimiento y la imitación de Jesucristo, en la recepción de sus Bienaventuranzas, en el escuchar y meditar la Palabra de Dios, en la participación consciente y activa en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, en la oración individual, familiar y comunitaria, en el hambre y sed de justicia, en el llevar a la práctica el mandamiento del amor en todas las circunstancias de la vida y en el servicio a los hermanos, especialmente si se trata de los más pequeños, de los pobres y de los que sufren”.

4. Vocación no es lo mismo que profesión. La profesión es un trabajo, un quehacer que puede ser inestable, que puede variar con el tiempo o por las diferentes situaciones de la vida. La vocación es una llamada irresistible y eterna que brota de lo más profundo del corazón del ser humano, allí donde resuena la voz de Dios. Esa llamada llega como una inspiración o moción interior por la que Dios inclina a una persona hacia un determinado estado o forma de vida.

PÍLDORAS CARMELITANAS

6. “Créeme, Rebeca, que a los catorce y quince años uno comprende su vocación. Se siente una voz y una luz que le muestra la ruta de su vida. Ese faro alumbró para mí a los catorce años. Cambié de rumbo y me propuse el camino que debía seguir”: Santa Teresa de los Andes – Diario, 16).

7. “El camino en que hay que buscar el restablecimiento de la naturaleza y por ende el de la vocación originaria del hombre y la mujer es el del retorno a la relación filial respecto de Dios”: Edith Stein.

8. “La caridad me dio la clave de mi vocación”: Santa Teresita del Niño Jesús.

9. “Hemos sido predestinados por un decreto de Aquel que todo lo obra según el consejo de Su voluntad, a fin de que seamos la alabanza de su gloria’... ¿Cómo realizar ese gran sueño del corazón de nuestro Dios, esa voluntad inmutable sobre nuestras almas? ¿Cómo, en una palabra, responder a nuestra vocación y llegar a ser perfectas alabanzas de gloria de la Santísima Trinidad? ... Cada alma es una alabanza de gloria al Padre, al Verbo, al Espíritu Santo, porque cada alma está fiada en el puro amor y no vive ya de su vida propia, sino de la vida de Dios”: Santa Isabel de la Trinidad.

Fuente:

Exhortación Apostólica Christifideles Laici
Catholic.net
discipulasdejesus.org

ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA – ZONA SUR
AGOSTO 2021



Correo electrónico: karmelocdszonasur@gmail.com

Contacto: (+57) 3172546790